



NO HAY TERROR PARA EL DESPERTADO

*Si, con mente impura, alguien habla o actúa,
lo sigue el sufrimiento
como la rueda sigue la pezuña del buey.*

—Dhammapada, Capítulo I; Los pares, versículo 1.

JOHNNY

Hay un chico en un bote en el cielo púrpura, donde el aire estalla como dragones catastróficos y un hombre con un parche en el ojo apoya una pesada mano en el hombro del muchacho y le dice «Esto es donde acaba el mundo, hijo».

...pero no fue en absoluto así como sucedió...

Desde la amura del bote, miro al Abismo. Me gustaría pensar que me devuelve la mirada, pero todo cuanto siento es su vasta indiferencia. Esto es, pues, el legado de la verdad: todo cuanto sabía era mentira.

—¡Johnny! —grita el hombre del parche, con sus botas negras brillando con el fin de nuestro mundo. Me niego a responderle. Si esto es donde acaba, o empieza, quiero estar solo cuando lo haga.

Pero el hombre del parche me agarra el brazo con tanta fuerza que siento que algo se rompe dentro. Su rostro familiar ondea en la luz púrpura, retorcido en un lustre ceroso donde las estrellas reflejan sus cuerpos moribundos al caer.

Me sacude y mi brazo izquierdo se estira como un caramelo blando a cámara lenta, dejando atrás brillantes burbujas de sangre roja. Aúllo mariposas mientras mi mandíbula se abre hacia los límites de las nubes. El bote vira de repente junto a una pendiente imposible, lanzándonos a los destellantes cielos púrpuras.

—Aquí —dice ella extendiendo su mano, una chica con los ojos tan antiguos como el tiempo.

De un horizonte al otro, el cielo se vuelve oscuro, cerrándose como el ojo de Dios.

—¡Sigues siendo mío, Johnny! —grita el Hombre del Parche, mi Padre, mientras se desliza hacia la oscuridad y desaparece.

EKSTATIKOS

Joder, pero me duele la cabeza.

Toda yo me duele, de hecho. Lee Ann, querida, quizás te estás haciendo demasiado vieja para toda esta mierda.

Eso es ridículo, por supuesto. Reza el dicho que sólo eres tan viejo como tú mismo crees que eres, y hace tiempo que me di cuenta de que era verdad.



Si nos basamos en el calendario, parezco más joven de lo que soy, me siento más vieja de lo que soy y dejé de envejecer hace mucho tiempo. El juego de los años en los calendarios humanos es un juego de luces, uno de los primeros a los que aprendí a darle la vuelta. Como una tortuga panza arriba, el Tiempo agita sus patas, pero no va a ningún sitio hasta que decido cogerlo y colocarlo de nuevo en su recorrido esperado.

Sin embargo, de vez en cuando, esa tortuga te tumba y te apisona con sus cuatro patas. Esta mañana me siento así, y no estoy segura de por qué.

No se trata del baile. Estoy acostumbrada a eso. O el paseo: es lo que más me gusta en el mundo, salvo quizás bailar. No es el sexo, aunque los dioses saben que fue lo bastante apasionado.

La tormenta está en mis huesos. Entonces, ahora y siempre.

Bueno, sí. Eso explicaría muchas cosas.

Un relámpago aletea bajo mi piel (agujas, lenguas, dedos, puños, una avalancha de estrellas explotando como novae para ocultar los embates de la polla de mi padre), pero todos aquellos Ahoros eternos están lejos de la persona que hoy habita mi piel. Mudamos la piel como las serpientes, deshaciéndonos de las moléculas cada siete años hasta que sólo los recuerdos conservan unida la energía de lo que somos en un constructo que llamo Yo. Puedo escoger en qué Ahora vivo y, por mucha compasión que sienta por los pequeños Yoes que he sido, ya no soy esa persona. Aquí mismo (*este ahora, este Yo*) es el único que quiero ser.

Aunque *podría* apanármelas sin el dolor de cabeza...

Un encogimiento de hombros mental y ya no está.

Sin embargo... Estaba ahí por una *razón*, así que...

Toca comprobar las cosas.

Cierro los ojos y dejo que el dolor regrese a mi cabeza, y entonces expando mis sentidos más allá de ese dolor, más allá de mi piel, más allá del cuerpo dormido de Ryk y de nuestra tienda de campaña, hacia el polvo, los árboles y el poder ensortijado del bosque y de la cima de la montaña. La esencia de la brisa y cada bailarina gota de agua en la niebla.

Oh.

Él.

¿Qué hace ÉL aquí?

Supongo que iré a averiguarlo.

Deslizándome de debajo de Ryk, saboreo el roce de la piel contra la piel, el corto vello de sus brazos y su pecho, el soplo de química viviente en el aliento mañanero de este extraño. La tienda aún huele a sexo, a *nosotros*, de forma tan poderosa que por un interminable instante caigo de nuevo en los arañazos y los empujes de los rituales de anoche. Sería bonito aferrarse para siempre a estos momentos, pero al parecer tengo cosas que hacer fuera. Así que dejo un pedazo de sueño en su cabeza y empujo a Ryk aún más adentro en los dominios de Maya. Aún está dormido, así que lo dejaré durmiendo. Si lo necesito más tarde, puedo despertarlo desde lejos sin hacer ni un ruido.

Ahora, sin embargo, creo que esta visita tiene que ver *conmigo*.

COURAGE

Está Despierta.

Los restos miserables de una basura adicta al caballo, pero los signos son evidentes. Los despojos manchados de lo que solía ser su maestro atestiguan la eficiencia de sus métodos... y de sus resultados. Había planeado encargarme de él personalmente, pero no puedo decir que me molestó que me hayan ahorrado el problema. El papeleo, sin embargo, será un infierno.

Los escáneres iniciales del EDAV revelan un entretrejido de hechizos menores, principalmente de sangre, y también un buen ejemplo de lo mismo. Ratas, algunos gatos callejeros y ningún rastro de los niños perdidos de los que se hablaba en nuestro informe. Como es habitual, la histeria popular ha exagerado los hechos. Aun así, se espera que nuestras fuentes sean más precisas. Tomo nota





mental de enfatizar los informes fiables en nuestras próximas reuniones. Esto podría haber resultado ser algo peor en lugar de mejor.

La chica está temblando. No me sorprende. Nueva York en diciembre no es lugar para ir con unos vaqueros cortados y una camiseta rasgada de los Ramones. El único calor en este estercolero procede del interior de las botellas y las bolsas. La heroína debería atontarla, pero esta chica no está adormecida. A pesar de la ristra de marcas de aguja en ambos brazos (que noto que han creado un absceso en la parte interior de su codo izquierdo), sus ojos se ven lúcidos. No están drogados, ni en *shock*, sino que brillan con la claridad que concede la Iluminación, no la intoxicación. Los temblores, pues, son emocionales. Y, con su anterior amigo proporcionando la decoración para este agujero infernal lleno de grafitis, puedo entender por qué. Después de todo, ella es quien lo ha matado.

Ohjoderohjoderohjoderohjoderohjoder... Su retahíla de sílabas se convierte en una única palabra, de tono plano, carente de cualquier otra cosa que no sea el miedo. Mirando brevemente hacia la agente Briggs (un ejemplo

de la nueva generación de cepas de Parkinson, con la piel oscura, el pelo rapado y una constitución decididamente femenina que habría sido impensable entre nuestras filas durante mi Procesamiento inicial), escaneo la mierda ocultista en busca de signos de niños u objetos de verdadero valor paranormal.

Nada. Todos los riesgos significativos de Subversión murieron con las pinturas orgánicas hechas con los dedos sobre las paredes.

La agente Briggs me devuelve la mirada sin que su rostro revele nada que un ojo sin entrenamiento pudiera ver. Mis ojos, por supuesto, sí lo tienen. *¿Qué deberíamos hacer con ella?* Pregunta Briggs sin emitir ningún sonido. El "ella" en la pregunta resulta obvio.

Observando nuestro silencio, la chica también calla.

Un Parpadeo de mis ojos activa un escáner de probabilidades temporales. Pequeños números brillan por el rabillo de mi ojo izquierdo. Leves tracerías verdes vuelan por encima de la temblorosa chica. El rastreo de datos del EDAV empieza así:

NOMBRE: LAURIE ANN MILNER-CHASE

FDN: 6/5/1974 DC

ED: 17.127

AL: 158.242

PE: 42.63768278

DESAPARECIDA – SOSPECHOSA DE HUIR DE CASA

El rastreo continúa con hechos, números, estimaciones, probabilidades, pronósticos mecánicos para una chica asustada.

Finalmente, el que estaba esperando:

SR%: 96.045763946352

Mmmmmmm.

Hubo un tiempo en que habría matado esta chica nada más verla. Bajo potentes luces destrocé a los suyos, sinapsis a sinapsis. Los golpeé sin piedad con hábiles puñetazos, lancé abrasadores proyectiles a través de sus órganos y estructuras óseas hasta que cesaron sus procesos vitales. No sólo era mi deber (que lo era) o mi privilegio (que, de nuevo, a menudo lo era) o mi última opción en una lista de opciones menos agradables. Debo confesar, aunque sea sólo para mi propio jurado interno, que lo disfruté.

Eso ha cambiado.

Un simple movimiento de mi barbilla le señala mis intenciones a la agente Briggs.

Una inclinación casi imperceptible de su cabeza cuestiona mi decisión.

La mera tensión de mis cejas le recuerda quién tiene mayor rango.

El silencio en la habitación queda roto sólo por el siseo de la cera de las velas y el goteo de una obra maestra antes humana.

Finalmente, la chica habla, su voz apenas un susurro.

-No sois polis, ¿verdad?

Resisto el impulso de citar una película muy conocida. Sin embargo, le digo simplemente que No.

PRESENCIA

Deslizarse fuera del cálido cobijo de la tienda de campaña parece un sacrificio. Por todo el claro, un frío manto de temprana niebla matutina brilla con la luz de un Sol distante. El trueno quema entre la ruptura de la oscuridad y el alba, la agitación de los elementos intranquilos en su lecho. Despereándome de la rigidez de la mañana abro la puerta de la tienda, planto los pies en el suelo, cierro los ojos y alzo los brazos hacia el cielo oculto.

Él está ahí, a un lado, oculto en la niebla. Una presencia densa, más sólida que las colinas. Sin volverme para mirarlo, extendiendo zarcillos de percepción por el espacio que nos separa. Está solo, como es habitual. Sonríe al pensar en el barro de sus zapatos. Mis propios pies, llenos de polvo del camino, golpean ligeramente la tierra empapada de lluvia. A través de la planta de mis pies la tierra da la bienvenida al amanecer. Aquí estoy en mi elemento, él no. Aun así, nunca es sensato dar la espalda a uno de los suyos.

Así que, por supuesto, lo hago.

Cuando la gente piensa en "magia," se imaginan varitas y círculos y toda esa parafernalia ritual. Y no se equivocan; no siempre. Para mí, sin embargo, la Magia es el pulso de la vida. La lluvia sobre la piel, la tierra bajo los pies, la Naturaleza hablando en una tormenta. Aunque no es *su* tipo de magia. Su mundo carece de magia... hasta que la *tiene*... y, entonces, necesita otro nombre.

Subversión.

Bueno, sin duda me han acusado de eso antes.

El crujido de mis músculos mientras me estiro me recuerda que soy mortal. Aun así, el jugueteo de la brisa helada y el rocío sobre mi piel, el pulso de la tierra y el aluvión de posibilidades contenido en cada gota de niebla me ayudan a expandirme más allá de mi forma humana. Soy la tierra. Soy las moscas. Soy el agua fluyendo en un arroyo cercano. Soy los árboles. Soy incluso él. Ocupa el espacio como un bloque en blanco de nada, pero seguimos atados en la unidad del Todo.

—Puedes dejar de fingir que no me ves —dice en su tono monótono y desolado—. Es insultante para ambos.

—Puedes dejar de acechar, John. Es de mala educación.



En la oscuridad tras mis ojos siento que frunce el ceño.

—Veo que te has vestido para la ocasión.

—¿No es apropiado? —digo, abriendo al fin los ojos—. Tú te has arreglado por los dos.

Ya no está detrás de mí. Está enfrente sin haber caminado la distancia, con el rocío brillando en su gabardina y el lodo manchando sus zapatos.

—¿Por qué *sonríes*, Lee Ann?

—¿Yo? Sólo me alegro de ver a un viejo amigo.

Sus gafas de espejo me devuelven el reflejo de dos yoes. Ya no sonrío.

—Ahórramelo.

—Sabía que tus zapatos se mancharían de barro aquí fuera. Me parece divertido.

—¿Por qué?

—No se ajusta a tu imagen.

No puedo mentir, sigue dándome miedo. Esa oscura solidez con la presencia de una montaña y la gracia de un tigre lustroso. Si John Courage me quisiera muerta, jamás habría abandonado ese *loft* veinte años atrás. Y, desde entonces, ambos hemos tenido razones para agradecer que lo hiciera.

—¿Tengo una "imagen", srta. Milner?

Adelanto el brazo y apoyo la palma sobre su pecho. Es como tocar hielo envuelto en cuero. No se mueve. No obtengo nada de él. Típico.

—Tienes *tanto* de imagen, John —le digo— que no estoy segura de que ni siquiera *tú* sepas quién eres realmente.

TRAGAR

—¡Levántate, Johnny!

No hay parches sobre los ojos de mi padre. Las cicatrices que pudiera tener, las guarda dentro. Tengo que adivinar su humor con pequeñas pistas: la dilatación de una pupila, los dedos prietos, la combustión química de su aliento. De ellas, aprendo la importancia de los detalles y el coste de la falta de atención.

—En PIE, pequeño cobarde. Sal de esa cama.

Siento el edredón cálido, pesado y seguro. Fuera hace bastante frío como para que nieve. Recuerdo ver copos de nieve por la ventana durante la noche, iluminados por la luz de nuestro porche y las farolas de la calle junto a nuestra casa.

—Sal de esa cama. Ahora.

Me deslizo de debajo del edredón y apoyo los pies sobre la basta alfombra verde. La luz del pasillo tras mi padre lo convierte en piedra negra. Mis ojos se cierran ante el brillante resplandor del pasillo.

—Abre los ojos y mírame.

Lo hago.

Desde donde estoy parece una torre interminable. Mirándome desde arriba, la faz de mi padre se oscurece hasta convertirse en una nube de tormenta.

—Borra esa sonrisa de tu cara, hombrecillo.

...así tampoco es cómo sucedió...

Y entonces me alcanza el rayo y me golpea contra la cama.

Estrellas y luciérnagas giran frente a mis ojos. Mi cabeza parece agrandarse como un globo lleno de sangre.

—Esto te enseñará —gruñe él—, a no escabullirte a la cama sin haber hecho tus tareas.

Intento hablar, pero mi boca no se mueve como debiera.

—¿Me contestas, hombrecillo?

Me levanta por el pelo y me sujeta a un brazo de distancia mientras me quedo sin fuerzas. Sus dedos hurgan en mi cuero cabelludo. Mi peso tira del corto cabello en su puño. Puedo sentir cómo se estira la piel de mi pequeño cráneo. Sus manos, creo, son lo bastante grandes como para aplastarme la cabeza. Lo bastante grandes como para estrujarme como a una bola de papel.

Mientras cuelgo allí, tratando de no patalear ni llorar, sus dedos parecen agrandarse y expandirse por la parte superior de mi cabeza y luego deslizarse por los lados hasta mi boca y mis oídos y mi nariz y mis ojos. Sus manos gruesas, sudorosas y encallecidas me tragan. Hacia dentro de su voz, desaparezco.

...no creo que fuera así cómo sucedió, John...

De eso sí estoy seguro. Pero si esto no fue así, ¿entonces QUÉ?

EVALUACIÓN

—Lo siento —dice él—, por Charlie.

—Un poco tarde para eso —respondo—. ¿No crees? ¿Demasiado resentida, Lee Ann? pienso.

—Demasiado tarde —conuerda John. Su voz tiene un punto de tristeza—. Y debería haber dicho algo antes. Hice cuanto pude al saberlo, pero...

—Dejémoslo. —Un afilado giro en mi pecho. Mantengo la palma de mi mano en el mismo sitio sobre su pecho. Él no la mueve. Podría hacerlo si quisiera.

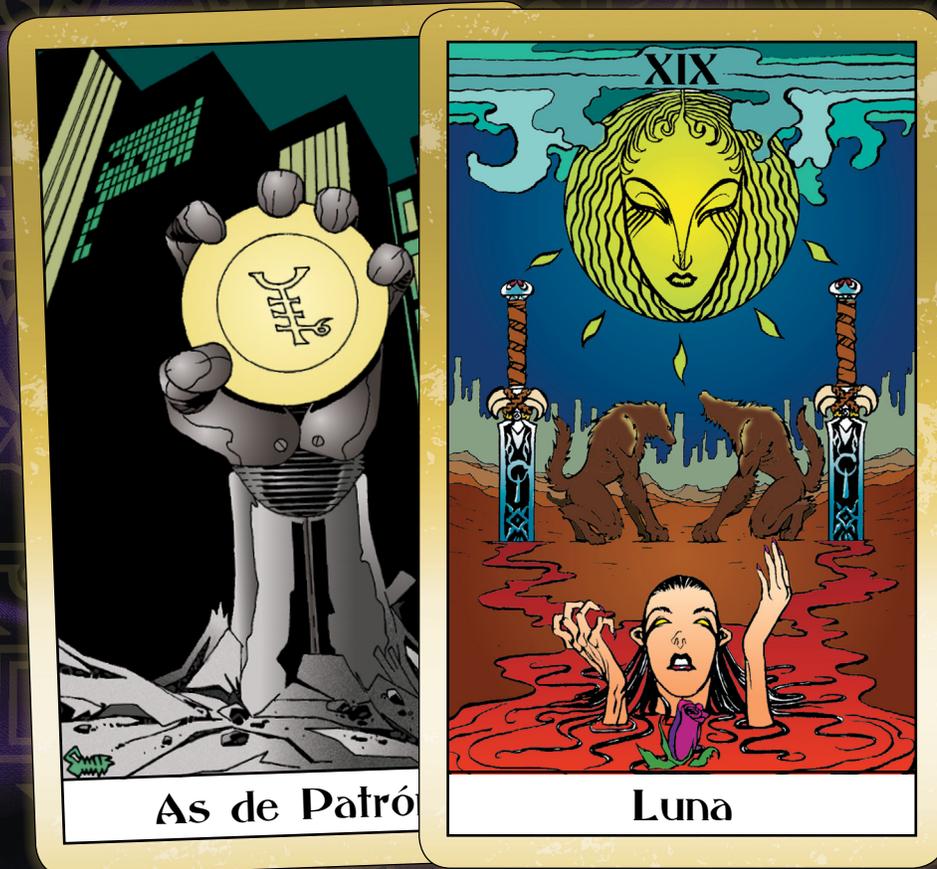
—Es historia pasada —digo al final—. No es por lo que estás aquí ahora.

—No, no es por eso. —Esa sensación de tristeza se concentra en algo distinto y luego desaparece de golpe. Se está escudando de mí. Y lo hace en gran medida.

—Entonces, ¿por qué estás aquí, John? —Su quietud inspira un poco de filo en mi voz. Es desconcertante, y él lo sabe. Es parte de su saco sin fondo de trucos. Doy un paso atrás y flexiono la cadera para aliviar un tirón.

—Tenemos que hablar.

—Bueno, es evidente. Los grandes espacios abiertos no son tu estilo.



Mi rodilla derecha cruje y el ruido parece fuerte en el plácido amanecer.

Desde el otro lado del claro siento cómo Ryk se agita en su sueño.

—No estás sola —dice John—. ¿Es él...?

—¿Uno de nosotros? No. Sólo alguien que conocí en la ruta.

—Percibo la desaprobación de John—. Oh, *por favor* —respondo—. Eres un Traje Negro, no un puritano.

—No confío en los elementos aleatorios.

—La "magia de rastreo" no siempre es aleatoria.

—Eso es justamente lo que me preocupa.

Bueno, no puedo decir nada a eso. La paranoia, especialmente por su parte, es sólo una parte innata del juego. Cierro los ojos y envío un leve toque hacia la tienda. Ryk sigue dormido en todos los sentidos de la palabra. Abro los ojos y le digo a John:

—No nos molestará.

—Pareces segura de ello. —Hete aquí un toque de humor seco.

—Lo estoy —le digo yo.

—Bien.

—Así que... ¿por qué has venido a *mi*?

—¿Por qué crees tú?

—Eso no es una respuesta.

No da ninguna. Tras esas gafas, sus ojos no parpadean.

Las gafas... miro un poco más allá las los espejuelos...

Me lo imaginaba.

—Has apagado tu rastreador de datos.

—Muy perspicaz, srta. Milner.

—Tú *nunca* apagas el rastreador de datos.

Sus labios se estrechan en una sonrisa sardónica como la que un escultor inexperto pudiera añadir a un rostro de granito.

—¿*Nunca* lo hago? ¿Seguro?

—De acuerdo. —Me giro a medias para irme—. Sé elusivo. Tengo otra compañía con una conversación más agradable.

—Lee Ann. —Su voz me detiene.

No es una orden. Es...

Oh.

Oh, mierda.

Mentalmente, introduzco un poco más de sueño dentro de Ryk. Ahora no despertará a menos que yo quiera que lo haga. Mediante el vínculo que compartimos le envío sueños agradables para mantenerlo ocupado.

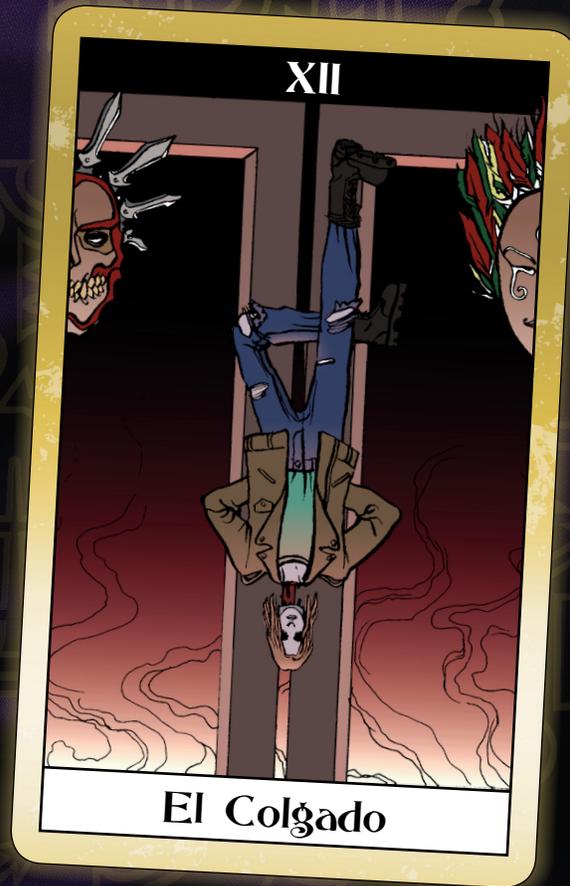
—Muy bien, John. —Me vuelvo hacia el agente Courage.

Me saca una cabeza, pero lo miro como a un igual—. Deja las evasivas. Sé sincero conmigo o vete.

RUPTURA

Hay una fría silla en una habitación blanca. Hay un hombre atado a esa silla. Hay dos hombres más y una mujer de pie junto a la silla. Las luces se apagan. El dolor comienza.

Santo cielo, John. ¿Qué te HICIERON? ¿Y cuántas veces?



... no es así como sucedió ...

¿Estás seguro?

... no del todo, no.

Dentro de ese loft en 1991 verifiqué probabilidades y tomé una decisión. Ese tembloroso desecho humano se convertiría en una Subversora; de hecho ya lo era, según todos los indicios. Era mi deber llevarla a que la Procesaran.

Y no lo hice.

Lee Ann Milner, o con cualquier otro nombre, jamás sería uno de los nuestros. Podríamos romperla con facilidad, pero nunca poseerla. Sin ninguna intervención, se convertiría en una amenaza. Sin guía, en una atrocidad. Pero nuestro camino no era su camino. La destrozaría y le exprimiría cualquier cosa que valiera la pena salvar. Después de que hubiéramos intentado Procesarla y de que hubiéramos fracasado, Laurie Anne Milner-Chase se uniría a los picateclas, otro empleado, otro cascarón vacío con cara inane procedente de los despojos de las Masas.

Así que en vez de eso rompí ese destino.

Se la llevé a Charlie. Un aliado. Un Subversor. Como ella.

No lo hice a la ligera ni sin pensar en las consecuencias. Pero en todos los años que han pasado desde entonces, es una decisión que no he lamentado.

¿Lo haré ahora?

Mis propias estimaciones no son concluyentes. Los datos están corruptos. Demasiados factores aleatorios y demasiada información falsa distorsionan los resultados de una probabilidad cuidadosamente calculada.

Las conclusiones que tengo son, sin embargo... impensables.

Y conclusiones impensables requieren soluciones impensables.

Para luchar contra la locura, alíate con ella. "Cruza la raya," como reza el dicho. Encuentra la clave de las probabilidades en una mujer desnuda en la naturaleza. Para esquivar obstáculos, escoge un camino distinto. O salte completamente del camino, encuentra nuevos datos, reconfigura las estimaciones y construye entonces un camino distinto *ex histanai*: fuera de lugar, más allá de los límites. Demente.

La locura como aliado contra la locura.

VÍNCULO

—Sé sincero conmigo, John —replico su postura. Estoy de pie como él, respiro como él. Forjo vínculos invisibles entre nosotros mediante una cualidad física compartida. Usar el arte sin usar las Artes—. Estás lejos de las cámaras, lejos de las multitudes, lejos de las máquinas y de todo cuanto puedes controlar. —Entierro los dedos de los pies en el barro para dar énfasis—. No te has manchado los zapatos para hacer una visita de cortesía.

—Cierto.

Intento interpretar a John Courage, pero mis sentidos pasan sobre él como la lluvia sobre una gabardina negra. Parece *ajeno* a los árboles, como si alguien hubiera puesto una cama con dosel en la cima del Everest. Se está escudando de mí, eso es obvio... y sin embargo...

Está demasiado quieto. Incluso para él. Rígido.

Miro fijamente a mi doble, que me mira desde las gafas de espejo de John Courage. Miro más allá de ellas. Miro a la expresión granítica de su rostro.

Respira.

La niebla a nuestro alrededor se espesa hasta convertirse en un cascarón perlado que nos separa del resto del mundo. Nos alejamos más de lo habitual del mundo exterior y, en el momento en que él percibe que mi hechizo convierte la niebla en una protección, el aire se enfría.

—Estás creando un muro —dice.

—Necesitamos intimidad.

Sin mover un músculo, se pone rígido. Entonces esos rasgos graníticos fruncen el ceño. Su presencia se endurece hasta tener la densidad de un agujero negro.

—No pasa nada —le prometo—. Podrías haberme matado hace años. Lo recuerdo, John. Confío en ti. —Lo miro de frente, con las manos a los lados, sin secretos ni movimientos bruscos. Sigo usando su nombre para fortalecer nuestro vínculo—. No eres como los demás, y esa es la razón por la que puedo confiar en ti.

La tensión se reduce una pizca.

—Una afirmación sincera, Laurie Ann. Es mutua.

Sonríe. Él no.

—Confíaste en Charlie —le recuerdo—. Conmigo. Te lo agradezco, John, y juro que no traicionaré esa confianza.

—¿Cuán fuertes son estas paredes?

—Son de agua, John. Son tan fuertes como necesitamos que sean.

—Puedes dejar de usar mi nombre, Lee Ann. Conozco ese truco.

—Entonces dejemos *los dos* de usar trucos. Si vas a confiar en mí, entonces por favor *hazlo*.

Él asiente.

Se quita las gafas de espejo.

Abate sus escudos psíquicos.

Respira.

—¿Cuánto confías en mí?

—Más de lo que debería.

Respira.

Respiro.

Hostia puta. Tiene *miedo*. *ÉL* tiene miedo.

Y eso me aterroriza a mí.





INEXORABLE

Caen copos de nieve de piel humana convertida en cenizas en las llamas. Destellos en el humo que acaban en gritos al conectarse los estallidos de poder. Una vasta espiral se alza al cielo, su origen oculto y aun así horriblemente revelado por el tremendo tamaño de ese apéndice. El aire se vuelve denso como un grito de las profundidades marinas, oprimido por la densidad y perdido en la oscuridad.

Pisando con fuerza por un laberinto de huesos quemados, cuatro guerreros de la locura alcanzan sus herramientas. Las puntiagudas armaduras se funden en pieles retorcidas. Unas lecturas de LED brillan verdes en la umbría luz de la lluvia. Uno lanza un disparo de plasma sobrecalentado a un grupo de chicos agazapados. Otro abre su boca en un grito de triunfo con una voz entusiasmada como la de un niño en una barbacoa. El tercero hierve como humo dentro de su armadura, con los límites de ese abollado caparazón emborronándose en una neblina. El cuarto descuelga un brillante orbe negro de un cinturón de cincha y lo alza para lanzarlo por encima de su cabeza.

—Ni de puta coña.

La muchacha enojada de largo pelo rubio se pone en pie a empujones. La sangre fluye en espesas cintas sobre su rostro. Pasando sus dedos por la sangre, dibuja fieros diseños sobre su piel, lame la sangre de las manos y empieza un cántico. Sus palabras se alzan hasta convertirse en un ensordecedor mantra de fuerza ululante.

La piel de la chica se oscurece cuando empieza a bailar. Sus pies desnudos pisotean las ruinas, los huesos y las cenizas. Una niebla de sangre la rodea con constelaciones carmesíes, cuyas órbitas se ralentizan en infinitesimal claridad. Las ruedas del tiempo giran. Se ralentiza. Se detiene.

Los cuatro guerreros quedan congelados en el sitio. El aire a su alrededor pulsa con posibilidades suspendidas. El cuarto guerrero, con el brazo detenido en un instante congelado, permanece a unos centímetros del orbe suspendido en el aire, su vuelo frenado por el tiempo paralizado.

Una palabra pronunciada con una voz masculina y monótona: «Ahora».

Lluvias de llamas se precipitan contra los guerreros. Gotas de lluvia de metal estallan desde pistolas que castañetean. La burbuja de tiempo detenido alcanza la colina de fuego, la ralentiza hasta casi la inmovilidad...

... y entonces desaparece con un trueno que envía a la chica volando hacia atrás por encima de los cascos.

Los cuatro guerreros desaparecen en una tormenta de física enloquecida. A lo lejos, un destello de brillante luz seguido por un golpe. La oscura espiral se rinde a la gravedad y hace estremecer la tierra al caer.

Largos minutos pasan mientras el tiempo regresa a su flujo normal.

Se corrigen los instrumentos. Se consuela a los heridos y se cataloga a los muertos. Los informes se transmiten a través de horizontes virtuales. Un hombre alto con una gabardina negra vigila un parpadeante cuerpo pálido.

Poco a poco el parpadeo remite hasta convertirse en un leve aleteo. La chica se agita y ahora aparenta, en mayor medida, tener su edad real, treinta y tantos.

—Oh —dice con rostro enfurruñado—. *Odio* cuando sucede eso.

—Empezaba a preguntarme —dice el hombre— cuándo ibas a despertar.

Lee Ann frunce el ceño.

—Yo empezaba a preguntarme *dónde* iba a despertar.

John Courage no se mueve.

—¿Estoy arrestada, agente? —pregunta ella.

—No por mi parte —responde.

Los rastros de Kali han huido del rostro de Lee Ann Milner. La sangre deja de fluir. Abre los ojos. Tras los párpados, sus ojos brillan y la plata salpica un profundo vacío azul. Entorna los ojos. Los abre de nuevo completamente. Suspira. Lágrimas de plata empiezan a congregarse sobre el azul y entonces se deslizan sobre su rostro manchado.

—Mierda, esto *duele* —dice, su ánimo tenso por el dolor físico, emocional y existencial.

—¿Necesitas un médico? —le pregunta él, finalmente.

Ella niega con la cabeza.

—No uno de los tuyos.

—Comprendido.

—¿Cuántos han muerto?

—Muchos. Estamos recogiendo los informes.

Temblando, se alza. Se estira. Él nunca se mueve, pero examina el entorno desde detrás de sus gafas. Lee Ann siente el crujido de fantasmas electrónicos mientras bailan alrededor de la densidad digna de un agujero negro de su aliado periódico.

—Me has estado protegiendo —dice ella.

—Eres un recurso valioso, srta. Milner. Como acabas de demostrar.

Ella empieza a decir algo. Se detiene.

Empieza a sonreír. Se detiene de nuevo.

Cierra sus ojos plateados.

—Recursos —susurra—. Recursos humanos.

—No es el término que más me gusta.

—No es a lo que me refería —dice Lee Ann. Alza su barbilla hacia el cráter donde los equipos de limpieza buscan los restos de los cuatro guerreros—. Ellos eran los recursos.

John Courage no dice nada. No se mueve. Una brisa errática agita su gabardina, ondeando sus faldones de prístino negro.

La mirada plateada de ella se encuentra con las gafas de espejo de él. Ninguno de los dos parpadea.

—Eran *vuestros* —dice ella al final—. Originalmente procedían de vosotros.

—No —responde él—. No de mí. No de *mi* gente. Nunca de nosotros.

AMANECER

Extiendo mi mano alzada de nuevo hacia él. Apoyo mi mano izquierda levemente sobre mi pecho. Mantengo mis ojos fijos en los suyos. Al nivel de la visión. Respiro.

—¿Cuánto confías en mí?

—Lo bastante como para estar aquí.

Asiento despacio. Eso es bastante.

Doy un paso hacia él sobre la tierra enlodada. Otra vez, despacio. Cierro el espacio que nos separa.

—¿Puedo? —le pregunto, mientras mantengo mi mano a unos centímetros de su pecho.

Una larga pausa.

Casi imperceptiblemente, asiente.

Él está quieto. Yo tiemblo. Podría quebrarse sólo con respirar con fuerza.

Respiro.

—No hay temor —murmura, mirándome a los ojos—, para el despertado cuya mente no está empapada ni se siente afligida, más allá del mérito y el demérito.

Parpadeo

—¿El *Dhammapada*? ¿De un *Tecnócrata*?

—El conocimiento es conocimiento, srta. Milner —dice—. Y la tecnología es más que sólo máquinas.

—Buen apunte —También una buena táctica para ganarse la confianza. Un punto para John Courage—. Entonces sabrás qué estoy haciendo —añado.

John vuelve a asentir.

—Construir puentes.

—Exacto.

Los años no te dan sabiduría, eso es una mentira. Aunque te dan perspectiva. Como las vistas desde las cimas de las montañas, te sitúan por encima de los bosques y de las copas de los árboles, hacia un lugar en el que los horizontes saltan de un extremo al otro del cielo. Sobre los dos, más allá de mis paredes de niebla, el cielo se aclara con promesas del amanecer.

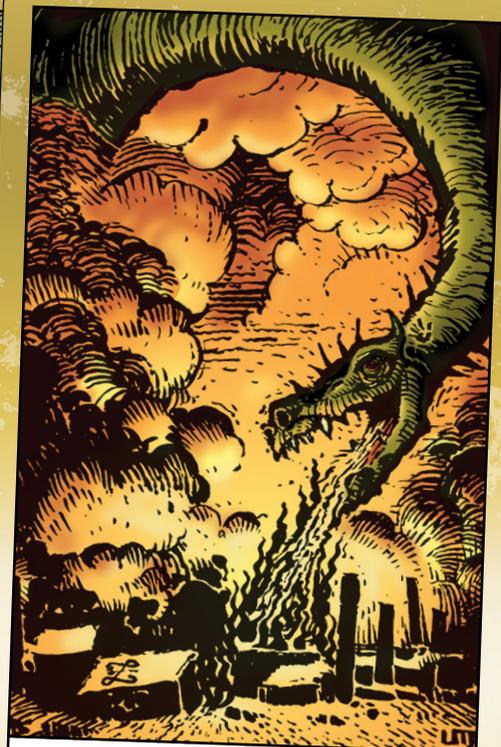
Pongo mi mano derecha sobre el centro de su pecho, sobre Anāhata, "el Latente," el dorado triángulo central, reluciente como diez millones de relámpagos. De la oscuridad de él, un brillo de luz amarilla, invisible a los ojos, percibida por el espíritu.

Respiro.

Extiendo mi mano izquierda y le pongo su propia mano izquierda sobre el corazón, cruzada sobre mi mano. Tomo su



As de Primordialis



Caballo de Dinamismo

mano derecha y lentamente la pongo sobre mi pecho. Sobre Anāhata, el chakra del corazón. Cubro su mano derecha con mi izquierda.

Respiro.

No hay temor...

Respiro.

Y abro...

Un aluvión de torturas. Un borrón de dolores. Mundos amputados. Mundos restaurados. Un chico arrancado, hambriento, de una cama que grita. Una chica apuñalada llorando para sí. Un cielo iluminado con el riguroso brillo blanco de una habitación.

Una oscuridad que engulle el mundo.

Formas en el cielo. Nubes vivientes de tormenta. Un árbol hecho de sangre en el centro del mundo. Multitudes aplastadas bajo una inexorable oscuridad. Dos niños jugando sobre el polvo con una calavera, sus pieles quemadas por la locura incandescente.

Luz del amanecer a través de la niebla. Ojos de plata con lágrimas de sangre. Una estruendosa tos desde el corazón de la tierra.

...ese trueno no es un recuerdo, ¿verdad, John?...

...no...

...Ryk se está quemando, su piel ennegrecida, con la boca fundida hasta cerrarla tanto como para no gritar...

—¡Joder!

Se apartan, una "chica" de apenas cuarenta y un Hombre de Negro. Las paredes de niebla brillan con una luz más intensa que el amanecer.

Más allá hay llamas. Llamas y cenizas.

—Oh, mierda. —Las lágrimas queman sin derramarse en ojos Extáticos. Unas gafas de espejo se alzan para cubrir la fría mirada del hombre. Ambos miran arriba y alrededor hacia las llamas fuera de la niebla.

—Nos han encontrado — dice él—. Antes de lo que esperaba.

El cuerpo de Ryk arde, envuelto en los restos fundidos de la tienda de campaña.

El rictus de Lee Ann se endurece con una resolución mortal.

—Muy bien, John —dice—. Entonces, ¿cuántas armas vamos a necesitar?

—Todas, Lee Ann —responde—. Vamos a necesitarlas todas.

